

LAS AVENTURAS DE
PISCO

Martín Casariego

Ilustraciones de Chema García



ANAYA

© Del texto: Martín Casariego, 1996, 1997, 2014
© De las ilustraciones: Chema García, 2014
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2014
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

1.ª edición: septiembre 2014

ISBN: 978-84-678-6162-4
Depósito legal: M-17771-2014

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas
por la Real Academia Española en la
Ortografía de la lengua española, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Martín Casariego

LAS AVENTURAS DE
PISCO

Ilustraciones de Chema García



ANAYA



En este libro encontrarás...

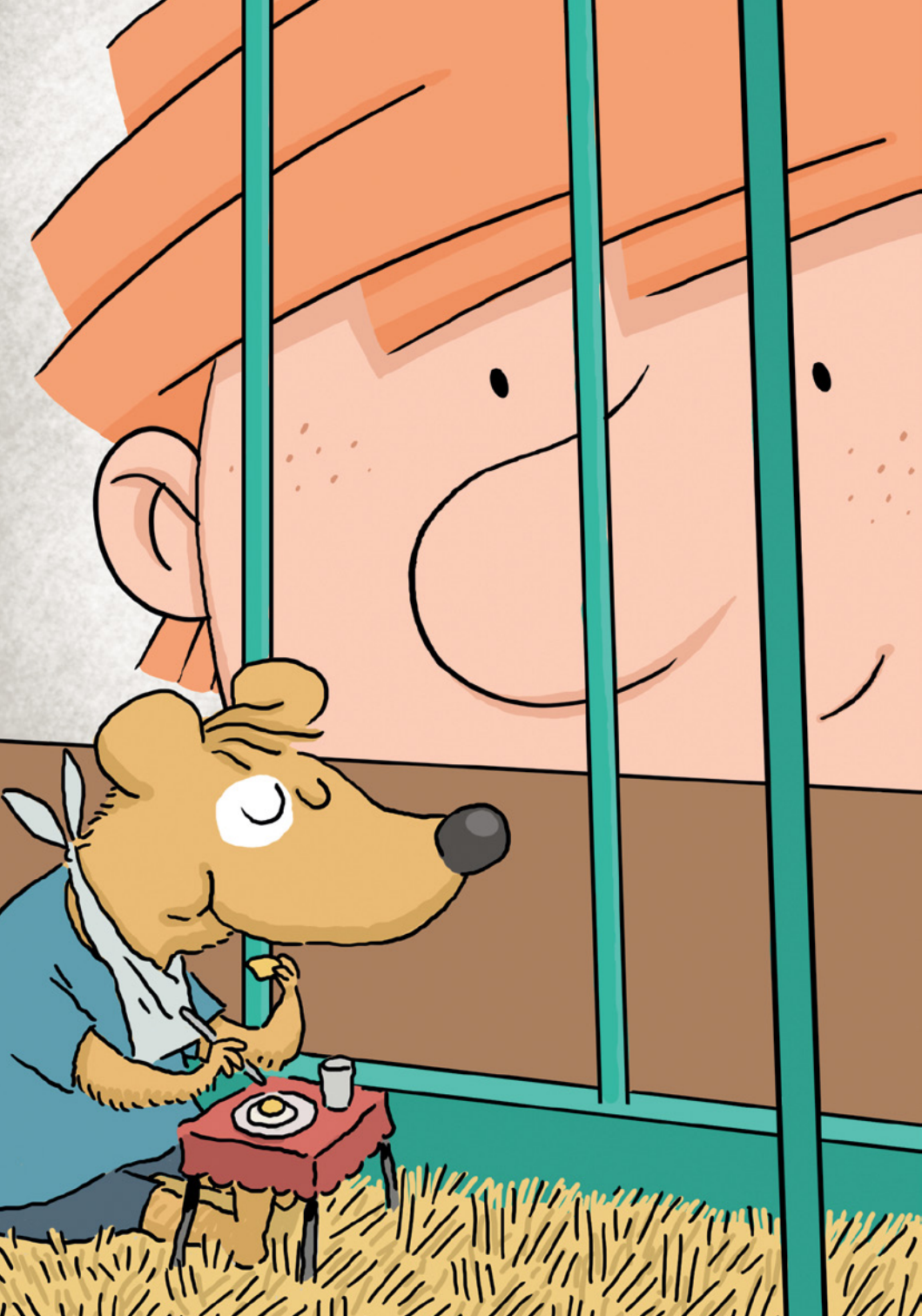
Pisco pasea por la ciudad

≈ página 7 ≈

Pisco sueña con el Capitán Caimán

≈ página 75 ≈





Pisco pasea por la ciudad

Pisco cambió el agua de su hámster y le echó comida. Sus padres se iban a una boda. Su hermana, Anita, se había ido a casa de su vecina, a jugar con su amiga Diana. Él se quedaba solo y sus padres habían llamado a una chica para que le cuidara.

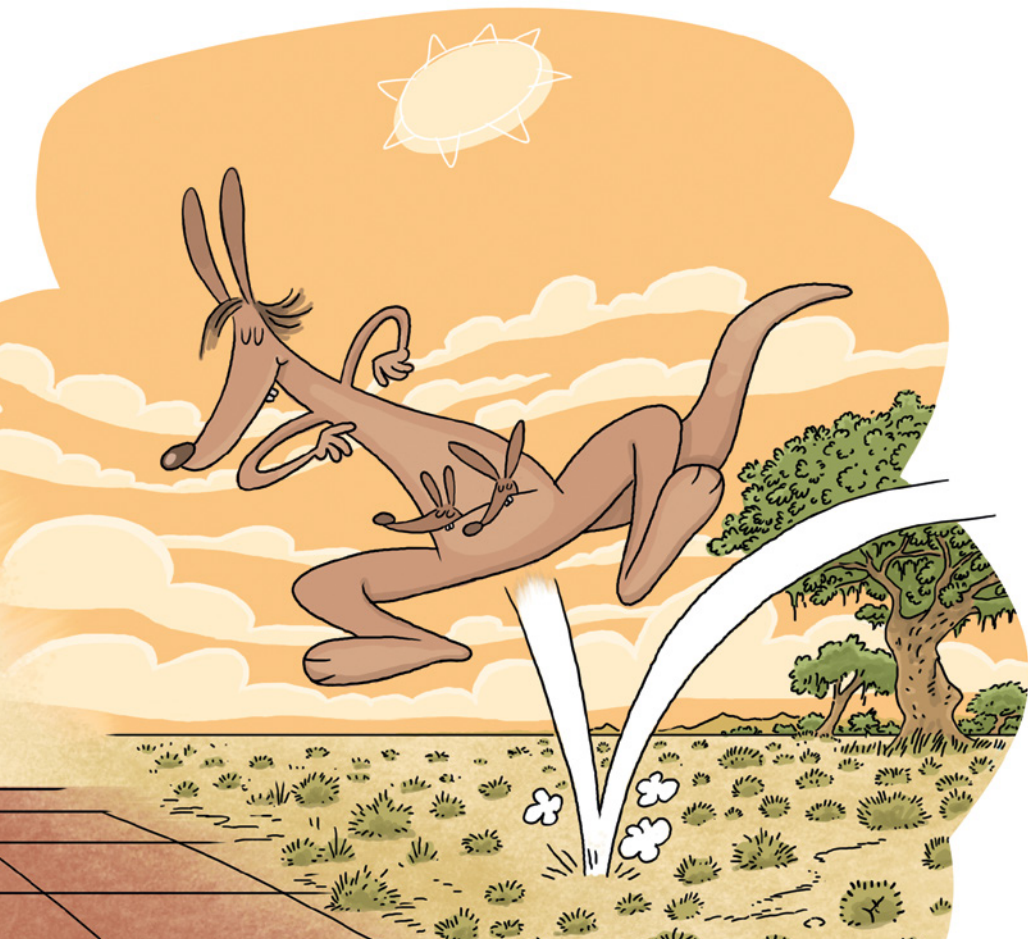
Qué tontería, como si él no fuera lo bastante mayor para quedarse solo... Pero sus padres se habían empeñado, y cuando sus padres se ponían más tercos que mulas, había que darles la razón, porque si no se enfadaban.

La chica que le cuidaba se llamaba Margarita, aunque a veces la llamaban canguro. Margarita tenía gafas y el pelo largo, y estudiaba Derecho en la universidad.

Pisco se llevó una desilusión tremenda la primera vez que la vio, porque se había imaginado que sería un canguro de verdad, de esos que hay en Australia, y que tienen una bolsa en la barriga para llevar a los hijitos. Pero después decidió que, como Margarita era bastante simpática, se la podía perdonar que no fuese un canguro de verdad.



Al fin y al cabo, la culpa de no ser un canguro no era de ella, y ni siquiera de los padres de Margarita, porque ¿acaso un señor y una señora pueden tener de hijo un canguro? Pisco sabía perfectamente que no.



Una vez le contó a Anita que un niño de su clase había tenido un hermanito que era una rana, y que para decir «buenos días» decía: croa, croa. Anita se lo creyó y se quedó muy impresionada, pero, claro, sólo tenía dos años.



Su padre miraba el reloj cada dos por tres y murmuraba:

—Esta chica se está retrasando.

Su madre le decía:

—No seas tan nervioso, todavía no son las siete.



Su madre le había dicho a Pisco que como hacía un día muy bueno podían salir a dar un paseo. Eso le pareció una buena idea a Pisco, pues así no tendría que hacer los deberes.

Y mejor no ir con Anita: andar con su hermanita a veces era muy aburrido, porque iba muy despacio y se paraba todo el tiempo y se caía y había que estar pendiente de que no se hiciera daño o se comiera cualquier porquería del suelo.

Como la casa iba a quedarse sola, o mejor dicho, como Rigo, su hámster, iba a quedarse solo, Pisco le había cambiado el agua y había repuesto sus alimentos, para que no pasara ni hambre ni sed.

Margarita, la canguro, llegó a las siete en punto.

—¡Por fin! —murmuró su padre.

—¡Juan, por favor! —le riñó su madre.

Su madre llamaba a su padre Juan, aunque cuando hablaba con Pisco le llamaba papá, como hacían Anita y él.



Mamá, papá, Margarita y Pisco bajaron juntos a la calle en el ascensor. Sin que los demás le vieran, Pisco dio a todos los botones. El ascensor se iba parando en todos los pisos, se abría la puerta y no había nadie esperando.

—¡Este ascensor se ha vuelto loco!
—decía su madre.

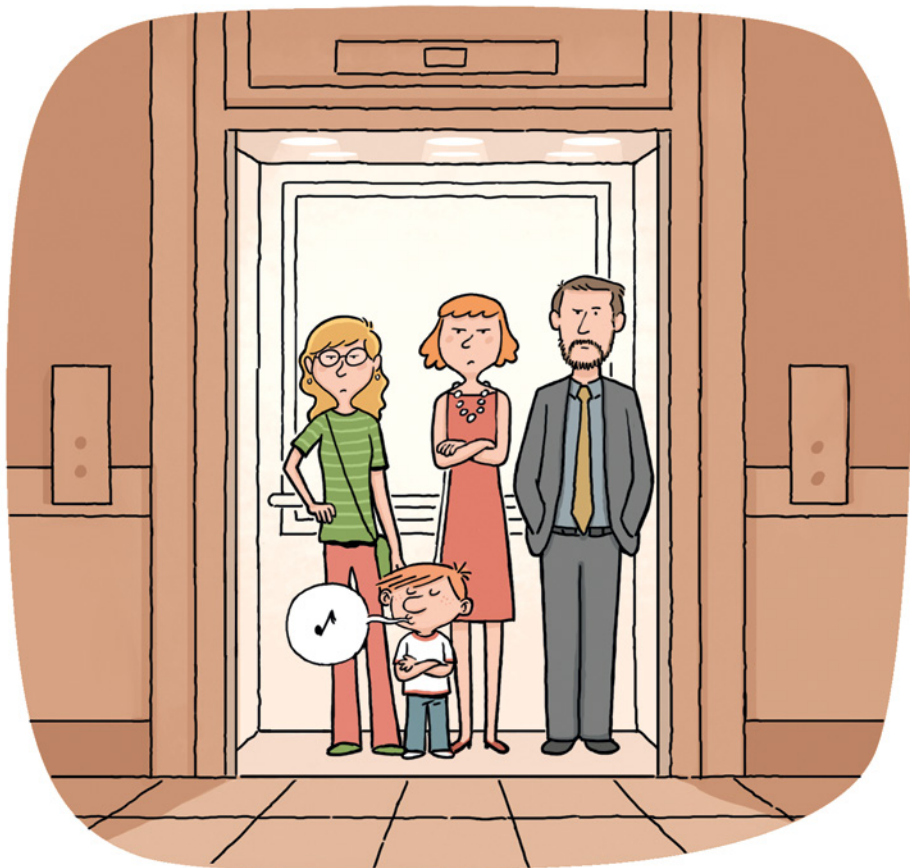
—¡Este ascensor es tonto! —decía su padre—. ¡Vamos a llegar tarde a la boda!

—¡Total! —decía su madre—. ¡Con lo que te gustan a ti las bodas!

—¡Se ha estropeado! —decía Margarita—. ¡Qué miedo! ¿Y si se para en medio de dos pisos?

El único que no decía nada era Pisco, porque sabía que el ascensor estaba bien, lo que pasaba era que él había dado a todos los botones.

Le entraban ganas de reírse, pero se aguantaba para que no le descubrieran y le echaran una regañina.



Pisco es un niño algo travieso, muy curioso
y con ganas de aventuras. Por eso, el día
que conoció al Capitán Caimán su vida cambió
para siempre. Junto a él surcará los mares
y se enfrentará con valentía a piratas
feroces y a hambrientos tiburones.



ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com